

Prólogo a la edición española

Una crisis en el ámbito cultural no ofrece el carácter puntual de otros hechos históricos cuyo acontecimiento se produce en un momento determinado, en el efímero darse aquí y ahora. La crisis que alumbra un nuevo «momento» en cualquiera de los dominios de la cultura se cumple más bien como una metamorfosis de lento discorrir: viene dotada, además, de cierto aire enigmático al no ser empresa fácil descubrir cada uno de los cambios genéticos que dan lugar a dicha transformación.

Parece evidente que en el surgimiento de un nuevo «momento» cultural un hecho peculiar desempeña un papel decisivo: el lento desdibujarse de conceptos o realidades configuradoras de la cultura de que se trata. Un nuevo clima va erosionando los nítidos y recortados perfiles de las ideas que definen un mundo cultural. Cómo, insensiblemente, van siendo vaciadas de su contenido origi-

nal, que se ve sustituido por otro bien distinto. Para que dicho fenómeno pueda darse, los nuevos contenidos deben gozar de cierta inconcreción, que no significa falta de identidad, sino consentida imprecisión y afectada dejadez en el empeño por definir con justeza. No se requiere demasiado tiempo para que el trasvase de sentido se cumpla en muchos espíritus y se comience a vivir en un mundo que sólo en apariencia continúa siendo el que fue. Pero el mundo cultural que fue tiene ya sólo una realidad apariencial en la que anida un espíritu nuevo en abierta pugna con la carcasa que le ha servido de vehículo y de álibi para implantarse. Lo peculiar y engañoso de ese cambio es que acontece apenas sin traumas ni convulsiones, pues la aparición de las nuevas formas acompaña temporalmente la desaparición de las antiguas. Buen número de gentes de todo tipo son conquistadas sin violencia y sin que casi sean conscientes de una tal conquista: de improviso se encuentran gobernadas por nuevas ideas de cuya novedad no habían sospechado y quizá no sospechen nunca.

Si el flujo de los cambios sociales, económicos, educacionales, etc., es, además, particularmente intenso, el enmascaramiento del proceso de cambio cultural se facilita en buena medida. Sin duda es lo que ha ocurrido en el campo de la filosofía moral, o por mejor decir, en el campo de las ideas morales de circulación más común. El sentido tradicional de algunos conceptos morales, sosten de un mundo jerárquico de valores, por el que

la sociedad occidental se regía, y que era admitido sin actitudes de reserva, ha sufrido un progresivo obscurecimiento y en ocasiones ha llegado casi a desaparecer. En cualquier caso ha perdido evidencia interna y social y es, continuamente, objeto de discusión y crítica, y aun de rechazo sin miramientos. El cambio de modelos morales ha operado el vaciamiento del genuino sentido moral de conceptos morales básicos.

Se impone, pues, en aras de la autenticidad, la reconsideración de dichos conceptos, la revisión radical que permita sacudir la escoria que los desfigura. Hacerlo, por ende, con claridad y sin despliegue de terminología técnica, a la luz –podríamos decir– del gran público que no goza de presupuestos de carácter más o menos erudito, añade a la empresa una dificultad voluntariamente asumida. Esto es lo que explica, en parte, el atractivo y éxito de la obra que prologamos.

El Autor advierte en el Prefacio del origen preciso del libro: se trata de una serie de emisiones de la radio bávara que tuvieron lugar a lo largo de los meses de enero y febrero del año 1981, y cuyo carácter improvisado no se ha querido modificar. Ello confiere a la obra de una frescura e inmediatez muy notables, que la diferencian de otros escritos filosóficos dotados de la virtualidad de alejar de su lectura a un público que no ve reflejadas en ellos sus inquietudes e interrogantes habituales. En efecto, el planteamiento de los conceptos y problemas básicos de toda Ética no es

aquí en modo alguno teórico y abstruso. Si el Autor se plantea, por ejemplo, el tema del carácter relativo o absoluto de la Ética no lo hace sino con la mirada puesta en dos actitudes morales contrapuestas: la de quienes piensan que las normas morales vigentes en una sociedad no son más que secreciones de la cultura dominante, que asegura así su supervivencia y obliga por ello a sus miembros a vivir de acuerdo con ellas; y la de aquellos otros que, más liberales, juzgan que deben actuar sencillamente como les venga en gana. Si, en cambio, ha de tratarse sobre el deber, uno podría esperar que el tema fuese abordado «modo kantiano». No será así y el Autor subrayará la relación que la cuestión del deber guarda con el bien que el hombre apetece o quiere; así que la pregunta por el deber requiere interrogarse antes sobre el deseo fundamental del ser humano y habérselas con el tema del placer, que se presenta como respuesta inmediata y evidente a la pregunta por el deseo fundamental experimentado por todo hombre.

Por otra parte, los temas o conceptos morales dilucidados en este libro son efectivamente fundamentales. Lo es, desde luego, el de la justicia, que exige sean justificadas las asimetrías entre los hombres y los pueblos. Lo es igualmente la pregunta por lo que hace buena o mala una acción, y el saber si existen acciones que jamás podrá nadie justificar recurriendo a fines, supuesta o realmente, del más alto interés. Lo es también interrogarse por el papel de la propia conciencia en la vida mo-

ral. Tanto la vida personal como la social quedan condicionadas por el tenor del tratamiento de estos temas. La historia mundial y la vida de hoy mismo nos exigen solucionar interrogantes morales básicos en un intento de evitar errores pasados: ceder a las pretensiones de una Ética que juzga de modo utilitarista la bondad o malicia de los actos humanos atendiendo únicamente a los resultados de la acción. ¿No requiere de ulteriores precisiones la obligación de respetar las decisiones en conciencia de los demás? ¿No importa nada que ésta sea verdadera o falsa cuando entran en juego los derechos de terceros? ¿Puede entonces el hombre de mala conciencia hacerlo todo? ¿Sólo la buena voluntad ha de ser tenida en cuenta cuando se trata de juzgar los comportamientos? ¿La moralidad es, simplemente, un asunto de buenas intenciones? ¿Qué hay de nuestra relación con un mundo cuyo entero curso parece no depender de nosotros y ante el que nos consideramos impotentes para cambiar su rumbo?

El lector encontrará respuestas matizadas, llenas de sugerencias, a estos y otros interrogantes en este libro corto de extensión pero saturado de intención. Respuestas que no deben ser nunca punto final del propio discurso ético, sino que cumplirán una función mayéutica, interrogante, que fuerza a continuar el razonamiento personal.

José María Yanguas

Prefacio

Se dice que lo moral no necesita de explicaciones. Si esto es así, sobra cualquier palabra sobre este asunto. Lo que es evidente no puede explicarse por algo distinto que sea más claro, y tampoco por analogías sacadas del reino animal. A fin de cuentas, nosotros comprendemos a los gansos grises solamente porque nos conocemos a nosotros mismos, y no al revés.

Lo evidente se puede solamente mostrar, pero, propiamente, no se puede hablar de ello. Por eso dice Ludwig Wingenstein: «Es claro que la Ética no se puede explicar». Ya Platón sabía que «con palabras académicas» no se puede decir qué significa la palabra «bueno». «Sólo tras una más frecuente conversación familiar sobre este asunto, o a partir de una cordial convivencia, brota de repente en el alma aquella idea, a la manera como el fuego se enciende a partir de una chispa y luego se extiende más lejos» (Carta 7).

Si, no obstante, hay que hablar siempre, una y otra vez, de lo evidente, se debe tan sólo a que es objeto de continua discusión. En realidad, lo evidente no aparece en estado puro. Ningún *ethos* real, con validez en una sociedad, es evidente a secas, ya que acarrea consigo ciertos rasgos de ignorancia, opresión y apremio. Frente a todo *ethos* dominante cabe la posibilidad de hacerlo pasar por el *ethos* de los que dominan, de hacer pasar el mal uso de la palabra «bueno» por el suyo propio, y lo evidente por una falsa evidencia. Fácilmente se puede hacer ver que esto es falso. Pero para demostrarlo no hay más remedio que hablar sobre lo evidente.

Rousseau se dio cuenta del dilema: «Yo no me atrevería a enseñar a la gente si otros no la indujeran a error». La instrucción puede tener lugar a diversos niveles. En el nivel más elemental se puede intentar reducir a una raíz común lo que conocemos como obligaciones, virtudes, normas o valores morales y ponerlos en una relación sistemática al derivarlos de esa raíz; he aquí el tradicional quehacer de la Ética filosófica. En el plano de la aplicación se pueden discutir cuestiones singulares: mentira, últimos auxilios, aborto, servicio militar, cuestiones sobre sexualidad y de relación con la naturaleza, etc. Hasta Kant, filósofos y teólogos no se dignaron discutir también sobre tales cuestiones de casuística. Pero la Ética no es tan interesante como para que valga la pena ocuparse de ella, si no se deja de fórmulas vacías y no educa para la acción.

Los ocho capítulos de este librito no hacen ni lo uno ni lo otro. Se mueven –entre cuestiones fundamentales y casuística– en un plano medio de abstracción. Discuten algunos conceptos fundamentales, que utilizamos a diario cuando deliberamos con nosotros mismos o con otros sobre el lado moral de nuestro comportamiento. La reflexión sobre estos conceptos se intentará conducir sin despliegue terminológico y sin presupuestos eruditos.

El origen de este libro fue una serie de emisiones de la radio bávara, en enero y febrero de 1981. No he variado el carácter improvisado de las emisiones. Mi deseo era aproximarme un poco a aquella «frecuente conversación familiar», de la que habla Platón. El resultado que esperaba de ello sólo podría ser indirecto; no se puede querer producirlo voluntariamente.